

# Religión y religiosidad

**Norberto Bobbio**

---

## **Me quedo como hombre de razón limitada y humillada. Sé que no sé.**

Yo no soy un hombre de fe, soy un hombre de razón y desconfío de todas las fes. Pero distingo religión de religiosidad. Religiosidad significa para mí, simplemente, tener el sentido de los propios límites, saber que la razón del hombre es una pequeña lucecita, que ilumina un espacio ínfimo respecto a la grandiosidad, a la inmensidad del universo. La única cosa de la que estoy seguro, siempre en los límites de mi razón —porque no me cansaré de repetirlo: no soy un hombre de fe, tener fe es algo que pertenece a un mundo que no es el mío— es en todo caso que yo vivo el *sentido del misterio*, que evidentemente es común al hombre de razón y al hombre de fe.

Con la diferencia que el hombre de fe llena este misterio de revelaciones y verdades que vienen de lo alto, que no me llegan a convencer. Queda sin embargo este *profundo* sentido del misterio, que nos rodea y que es eso que llamamos religiosidad.

Mi religiosidad se caracteriza por las dudas, más que por respuestas ciertas. Yo acepto sólo lo que está dentro de los límites de la *estricta razón*, que dejan en verdad un espacio bien estrecho: mi razón se para tras unos pocos pasos y, si quiero recorrer el camino que penetra en el misterio, no encuentro nunca el final.

Cuanto más sabemos, más sabemos que no sabemos. Cualquier científico te dirá que cuanto más sabe más descubre lo que no sabe. Creían saber más los antiguos que no sabían nada en comparación de lo que sabemos nosotros. Hemos ensanchado enormemente el espacio de nuestro conocimiento, pero cuanto más lo ensanchamos más nos da-

mos cuenta de lo inmenso que es este espacio. ¿Qué es el cosmos? ¿Qué sabemos del cosmos? ¿Cómo y por qué se produce el tránsito de la nada al ser?

Es una pregunta clásica, pero yo no sé la respuesta: ¿por qué el ser y no más bien la nada? Nunca he ocultado que yo no tengo una respuesta y no sé quién pueda tenerla si no es por fe. Según Severino el ser es infinito, el ser *es*. Pero con ello no conseguimos comprender qué es lo que había antes. Es imposible. Y frente a las preguntas a las que es imposible responder —porque esto sí que lo tengo claro: no puedo contesta a esta pregunta aunque pertenezca a una humanidad que ha hecho enormes progresos— me siento un pequeño grano de arena en este universo. Y negar que la pregunta tenga sentido, como haría una filosofía analítica, me parece un juego de palabras.

Probablemente depende de mi incapacidad de ir *más allá*. Pero cuando percibo haber llegado al fin de la vida sin haber encontrado una respuesta a las preguntas últimas, mi inteligencia se siente humillada. *Humillada*. Y yo acepto esta humillación. La acepto. Y no intento huir de esta humillación con la fe, a través de caminos que no consigo recorrer. Me quedo como hombre de razón limitada y humillada. Sé que no sé. A esto lo llamo yo "mi religiosidad". No sé si es correcto, pero en el fondo coincido con lo que piensan las personas religiosas sobre el misterio. Probablemente no se consigue aguantar este continuo dudar, este continuo no saber, y por eso se recurre a las creencias, como la de la inmortalidad del alma.

Pero yo continuo a entender el fondo religioso de mi persona como este *no saber* Y es un fondo religioso que me acorrala, me agita y me atormenta.

Un día le dije al cardenal Martini: para mí la diferencia no está entre el creyente y el no creyente (¿qué quiere decir creer? ¿en qué?), sino entre quien toma en serio estos problemas y quien no los toma en serio: hay creyentes que se contentan con respuestas fáciles (¡y también no creyentes satisfechos con respuestas fáciles, claro!).

Hay quien dice "soy ateo", pero yo no estoy seguro de saber qué significa esto. Pienso que la verdadera diferencia está entre quien, para dar un sentido a la propia vida, se plantea con seriedad y dedicación estas preguntas y *busca* la respuesta, aunque no la encuentre, y quien permanece indiferente a ellas pues le basta repetir lo que le han dicho desde niño.

La respuesta de la fe es consoladora. Pero las religiones no tienen sólo la función de consolar. Tienen también la función de "revelar" verdades sobre problemas a los que el saber común no llega: la creación, la inmortalidad del alma. Respuestas consoladoras, pero no sólo: respuestas a preguntas que uno se plantea en el umbral de la muerte. Yo he dado mi respuesta con las pocas "convicciones" que poseo. Porque las mías son "convicciones" de un hombre que pasa continuamente de la duda a la verdad, y de nuevo a la duda.

Yo no creo. Llegado a una edad en que se siente que la muerte está cerca, si debo oírme a mí mismo y dar una respuesta personal, el único deseo que tengo, la única *necesidad*, no es ciertamente la inmortalidad, sino el deseo de morir en santa paz: el *descanso eterno* es lo que espero.

No quiero despertarme. Pero incluso esto coincide profundamente con las religiones: "¡Requiem aeternam dona eis Domine!" está escrito en el frontispicio de todos los cementerios.

También yo he crecido, como casi todos en este país, en una familia católica y he tenido una formación católica. Oraciones, oraciones, oraciones... Las he repetido tan maquinalmente (en latín, como se hacía antes, o en italiano) que las he olvidado casi.

Hice la primera comunión y contraí matrimonio religioso (pero tampoco mi mujer es creyente). Y no es fácil decir cuándo y por qué perdí la fe. Tal vez hacia los veinte años. Seguramente por el estudio de la filosofía.

Todas estas preguntas sobre los problemas de la metafísica, digámoslo así, y el darse cuenta de que las respuestas de la fe implicaban creencias difíciles de aceptar. La creencia en los milagros, por ejemplo, es

la cosa más absurda para un racionalista. Y, por otra parte, está el deber de creer en lo que todo ser racional considera un mito, empezando por el pecado original.

Sobre el pecado original estoy de acuerdo con lo que en varios artículos ha escrito un amigo mío católico, el profesor Luis Lombardi Vallauri (que precisamente por esta razón ha sido expulsado de la Universidad Católica de Milán, donde enseñaba), que plantea preguntas muy sencillas, a ras de tierra, para las que no hay respuesta: una culpa originaria colectiva no es aceptable, la culpa es personal, no puede ser transmitida de una generación a otra, no hay cosa más primitiva.

La culpa colectiva es además una concepción tribal. Es difícil creer en el Antiguo Testamento. Creer en el Dios de Abraham que se revela pidiendo un sacrificio tan cruel. Y aquí me detengo. Pero queda el misterio del universo.

Por otra parte, tal vez otros factores más banales han tenido más importancia en mi formación. Con la adolescencia y la juventud se entra en el mundo, con todos los deseos que asaltan a un muchacho, tan fuertes que le hacen abandonar poco a poco las prácticas religiosas. Has ido a confesarte durante tantos años y llegado un momento dejas de hacerlo. Entrás en conflicto con la moral del confesionario. Al principio tal vez con idea de volver a algún día... Entre los problemas metafísicos me planteé muy pronto el de la inmortalidad del alma: ¿es posible que seamos eternos? ¿Qué significa eso? La vida y la muerte están indisolublemente entrelazadas.

La vida adquiere sentido por la muerte y la muerte por la vida. La muerte, si existiese de verdad otra vida, ya no sería la muerte. Pensemos un poco en ello: ¿por qué la muerte *es la muerte*? ¡Porque es la muerte! Es necesario tomar en serio la muerte.

Empecé a tomar en serio la muerte al ver morir a amigos jóvenes, sin dejarme engañar con las promesas de la religión de que aún estaban vivos.

Alguna vez, pensando en la muerte de una persona especialmente querida —mi padre, por ejemplo— sé que aquella persona que he amado

no está ya. Y que exista alguna cosa de él en otro lugar —que no sé dónde está— a mí no me importa *absolutamente nada*. La persona que he amado era aquel modo particular de sonreír, de hacernos jugar, de venir al pueblo el fin de semana cuando estábamos de vacaciones, cómo lo esperábamos en el portal de casa y con qué alegría lo abrazábamos: esto estoy seguro que ya no existe.

He seguido reflexionando sobre los grandes temas de la existencia y ninguna de las respuestas de la religión me ha convencido nunca. Pero tampoco yo he conseguido dar respuestas.

Y sin embargo, digo otra vez que tengo un sentido religioso de la vida precisamente por esta consciencia de un misterio que es impenetrable.

*¡Impenetrable!*

Yo creo mucho más en la razón científica que en la razón filosófica. A la encíclica *Fides et Ratio* le reprocho precisamente que polemice con las filosofías modernas para poder volver a la filosofía de Santo Tomás, cuando lo que de verdad sacude y cambia al mundo —que es lo que debería atraer la atención del papa— es el progreso científico. En esto estoy de acuerdo con Carlo Galimberti. Es el proceso técnico científico lo que ha desbaratado las creencias tradicionales. Se empezó con el número de años de la edad del cosmos... Y después lo que dicen la cosmología y la biología, centenares y centenares de millones de años de evolución, con la era de los dinosaurios, infinitamente larga, y su extinción, y centenares de millares de años para la evolución del hombre: son cosas *estremecedoras*, para las que la fe no da ninguna respuesta. El progreso humano es ciertamente imprevisible porque esta sujeto a demasiadas variables. Pero es seguro que las transformaciones que están sucediendo en el mundo modifican algunas creencias tradicionales.

Vuelvo a la inmortalidad del alma: me explico que esta creencia surgiera cuando era muy frecuente morir joven. Para una madre que ve morir a su hijo a los tres, cuatro o veinte años, la inmortalidad del alma es un gran consuelo. Pero hoy, cuando se vive hasta los ochenta y noventa años, la idea de la inmortalidad del alma se vacía de sentido.

Quiero decir que probablemente esta simple transformación de la duración media de la vida modifica una de las creencias tradicionales más comunes.

O fijémonos en el problema de la superpoblación: pone terriblemente en crisis la idea religiosa que ve en el engendramiento —"crecer y multiplicaros"— un principio *bueno* por esencia. Y por tanto, ¡cuidado con poner límites a la procreación! Pero en otros tiempos la mitad al menos de los niños moría nada más nacer. El hecho de que hoy no muera casi ningún niño ha cambiado profundamente el problema de "crecer y multiplicaros", porque en otro tiempo el mismo buen Dios se encargaba de la limitación de los nacimientos con enfermedades y muertes en el parto. También en esto, por tanto, el progreso científico obliga a una transformación profunda de creencias y mandamientos fundamentales.

La ciencia ha hecho algún progreso. La fe no responde a las preguntas. Lo más que hace es desviarlas. Esta es su ventaja y su debilidad, al menos ante las personas que sostienen que la única luz legítima —por débil que sea— para decir sí o no, verdadero o falso es la razón. Y la experiencia. La razón y la experiencia son las dos luces del hombre real. La religión es una creación humana. Arrigo Levi me ha enviado un libro suyo en el que investiga sobre los puntos de convergencia de dos fes contrapuestas. La fe religiosa y la fe laica. Ciertamente hay puntos de convergencia.

Pero la fe laica es la que sostiene que somos nosotros los que hemos creado al Creador, que el Creador es una criatura del hombre.

Si pensamos en la religión de los antiguos, en los dioses de Homero que son los que más hemos estudiado (me he preguntado siempre por qué en nuestras escuelas se estudian más los dioses de Homero que los de la Biblia), creo que no existe ninguna duda en que son criaturas del hombre. Hasta los mismos antiguos se daban cuenta perfectamente de ello.

Decir lo mismo sobre el cristianismo es efectivamente más atrevido. Pero ¿qué puede haber de más antropomórfico que un Dios *padre*?

Padre nuestro que estás en el cielo... Yo tengo una visión antropocéntrica del mundo y no teocéntrica. No hay nada más humano que atribuir a Dios este nombre benéfico y benévolo de "Padre". "Padre mío". Esta seguridad que tienen los cristianos de que su Dios es radicalmente diverso de los otros, levanta sospechas.

Una cosa es aceptar los preceptos y la predicación de Cristo, las bienaventuranzas, el sermón de la montaña y otra cosa es aceptar su nacimiento sin que provenga de una relación normal entre hombre y mujer, sino por intervención del Espíritu Santo. Esta primera duda puede hacer dudar de todo el resto. En cuanto a los preceptos morales, no está claro que los acepte todos. Por ejemplo, cuando Jesús dice "deja a los muertos que entierren a los muertos", no me convence esta indiferencia, casi desprecio, hacia una práctica tan humana y piadosa.

Se bien que suena blasfemia todo lo que estoy diciendo. Pero no consigo olvidarme que, junto al Cristo del sermón de la montaña, está también el Pantocrátor triunfante.

Pero el problema más difícil, más reacio a ser resuelto por la fe sigue siendo el problema del mal. Reflexionemos: existe el mal que podemos considerar como dependiente del hombre, de la maldad humana, para el que se pueden buscar todas las explicaciones posibles, siempre que no sea remontarse al pecado original pues sería una explicación necesitada de otra explicación. Pero existe también el mal que depende, para usar una expresión de Ceronetti, de la *tierra inhóspita* en que vivimos. Inundaciones horribles que arrastran a miles y miles de personas, terremotos... Precisamente un terremoto, el de Lisboa, hizo a Voltaire reformular la pregunta del porqué del mal (dado que Dios debería ser omnipotente e infinitamente bueno: el problema de la teodicea), al que los teólogos no son capaces de contestar. Yo digo frecuentemente que el papa puede decir no a la guerra —y Wojtyła lo ha hecho— pero no puede decir no al terremoto. ¿Qué sentido tendría si el papa en un discurso dijera "¡nunca más terremotos!"? Parecería un hechicero.

Al problema del sufrimiento es demasiado fácil responder que el sufrimiento depende del pecado. No, la mayor parte del sufrimiento no

depende de nosotros. El cáncer, ¿qué tiene que ver con la culpa? El hombre religioso tiende a encontrar la explicación en la culpa. Y en último extremo se ve obligado a considerar el mal como "carencia de ser". Cuando planteamos el problema del mal no hablamos genéricamente del mal que se deriva de un acto de crueldad. Hablamos también del sufrimiento. Quien dice que también el sufrimiento es un bien es porque cree que al más allá se llega a través del sufrimiento (pero que sea el suyo, no el de otros), a través de la manera como acepta y supera la prueba del sufrimiento. Tal vez esta consideración mía depende del hecho de mi vileza, pero no consigo imaginar una explicación finalista al sufrimiento. El sentido finalista no existe.

Entonces, ¿todo sucede por casualidad? ¿Pero no podríamos decir también que "por necesidad"? Efectivamente tenemos dos posibles explicaciones de cualquier evento, el azar y la necesidad.

Aunque suelo decir que el azar explica demasiado poco y la necesidad prueba demasiado. Un queridísimo amigo mío es atropellado al cruzar la calle y muere sin decir ni pío. ¿Puedes dar una respuesta al porqué de esta muerte? ¿Te puede resultar satisfactoria una respuesta religiosa? No, y no te queda más respuesta que el azar o la necesidad.

Pareyson en su libro *Ontología de la libertad* habla continuamente del sufrimiento gratuito. Parece que piensa que el sufrimiento siempre se debe a una forma de pagar por algo. Pero acaba llegando a una conclusión que te deja helado: el mal está en Dios.

Un libro que profundiza en el abismo de la libertad, la libertad de Dios. Pero esta libertad de Dios implica que en él está el mal. Por otra parte, de Dios se ha dicho todo: que es misericordioso y que es vengativo, venerable y terrible. Lo opuesto. Y vengativo es precisamente quien no perdona.

Un paréntesis sobre el perdón. El papa está pidiendo perdón continuamente. Pero el perdón no borra nada. El mal que se ha hecho permanece indeleble. Recuerdo que cuando éramos pequeños e íbamos a confesarnos la explicación era ésta: todo pecado que cometes mancha tu alma: si vas a confesarte, lavas estas manchas y tu alma queda lim-

pia. La idea religiosa es que el arrepentimiento limpia. Pero hay una diferencia esencial entre perdonar, que es un acto subjetivo, y pedir perdón. Pedir perdón es pedir que el otro acepte tu petición de perdón. ¿Y si no lo acepta? Creo que no habrá ningún judío que acepte esta petición de la Iglesia de ser perdonada por el antijudaísmo que ha ocasionado tan grandes males. No basta con pedir perdón por todo lo que se ha dicho contra los judíos durante dos milenios en los púlpitos y en las calles, porque el antijudaísmo ha sido un sentimiento popular difuso.

*Popularísimo.* Que se fundaba sobre esta afirmación pronunciada por la Iglesia como indiscutible: los hebreos son los que han matado a Nuestro Señor.

No hay respuesta a los problemas del mal y de la injusticia del mundo.

Stalin muere en su cama, Pinochet morirá también en su cama, y Ana Frank en un campo de exterminio. Los tiranos mueren en su cama y una niña inocente en un campo de concentración: no hay ninguna justificación, es simplemente *terrible*. Y no se puede responder con lo de que los juicios de Dios son inescrutables. No es una respuesta, es un acto de fe. A un amigo mío le respondí: "Me resulta difícil comprender cómo el Inexplicable pueda ser un principio de explicación, el Inaferrable un punto firme para fortalecer la respuesta, el Inconcebible pueda ser fuente de nuestro conocimiento, el Insondable pueda ser una sonda que nos permita llegar al fondo de las cosas". Sobre lo inefable no se puede decir nada.

Me detengo aquí. No quiero ir más allá. No por reticencias. Pero me he impuesto una norma que sigo cumpliendo: no se debe escandalizar.